

«LA UMBRIA,»

de Pepe Dámaso, primer paso hacia un cine canario

están inmersos en estos condicionamientos, sino a todos aquellos, propios y extraños, que consideran el cine como un medio de comunicación actual y enriquecedor. De ahí proviene la universalidad del séptimo arte, del saber, a partir de un punto preciso de partida ubicado en un marco restringido, elevar los temas tratados al nivel de cualquier persona sentada en una butaca en cualquier cine en cualquier país. ¿Ejemplos? "Hombres de Aran", "Nanuk el esquimal" y "Louisiana Story" por no citar más que a un autor, Robert Flaherty, en imágenes que hablan de puntos muy precisos de la geografía y de sus hombres en las desoladas islas de Mar del Norte, en los desiertos helados del Polo Norte, y en las marismas cenagosas de la Louisiana. Y los filmes son extraordinarias obras de arte cinematográfico.

En "La Umbría" de Alonso Quesada se abordan las cuestiones esenciales de la muerte a diversas edades de la vida; de la fatalidad de la enfermedad (Gabriel); de la segregación social y de la burguesía tradicionalista (Demetria); de la rebelión de las nuevas generaciones (Salvadora); de la huida y del miedo (Lázaro); del compromiso no asumido (Horacio); de la fidelidad interesada (Sagrario y Cayo); del pueblo, de su trabajo, su salud, sus ideas y sus puntos de vista sobre los amos; del onirismos; de la leyenda (los fantasmas); y del esoterismo ubicado en las almas que luchan por salvarse; del paisaje como elemento de vida y fuerza, tierra, y fuego, el valle, los cultivos, el mar, el viento, la lluvia, ... Todo esto en un relato canario.

Si realmente podemos llegar a la creación de un cine canario el tiempo nos lo demostrará. Por el momento, los primeros tanteos, muy diversificados entre los numerosos cineastas aficionados, nos proponen los balbuceos de lo que desearía catalizarse en una identidad con más cuerpo. Cine hecho en Canarias, cine canario, cine de los canarios, cine para los canarios, ... el debate está abierto. Y las esperanzas pueden ya despertar.

A. ROSADO



EL PINO, LA RAMA, GUAYADEQUE

El verano es el tiempo de las fiestas populares. Ciudades, pueblos, villas de las islas celebran los festejos anuales de sentido religioso o de origen prehispánico, en las que el folklore de cada isla exterioriza sentimientos del alma popular. Las fiestas de las Nieves, en Santa Cruz de la Palma; la Rama de Agaete, la romería de San Benito y las fiestas del Cristo en La Laguna, la fista del gomero bosque del Cedro, las de San Ginés, en Arrecife, son varias de estas manifestaciones que, unas más que otras, conservan de algún modo la imagen de unos modos de vida todavía presentes en nuestros medios rurales, pero enteramente perdidos y olvidados en las ciudades.

La fiesta de la Virgen del Pino tuvo este año una brillantísima ofrenda en la que participaron, como es tradicional, todos los pueblos de Gran Canaria que llevaron a la patrona de la isla los productos de la tierra y la alegría del folklore, en lo que también se sumaron grupos folklóricos de las restantes seis islas del Archipiélago.

La Rama, la fiesta de entraña aborígen, tuvo la honda y cada vez más amplia participación popular, en ese baile colectivo que cada año festeja la villa de Agaete, la marinera villa de las Nieves.

Y nuevamente este año, las celebraciones del barranco de Guayadeque intentaron asumir un entorno de gran importancia en la prehistoria canaria, el cual reviste esa singular proyección en nuestros días, al igual que la tuviera para nuestros ilustrados de la segunda mitad del siglo pasado.

El Pino, la Rama, Guayadeque son símbolos de esa canariedad en cuya formulación histórica se han sucedido diferentes factores e ingredientes. Nuestras fiestas encierran unas esencias que las han hecho inmarchitables y que les otorgan, por encima de falsas adiciones y utilizaciones, un principio de autenticidad.